

RAMONA PALOMARES ANDÚJAR



LA HISTORIA DE CÁNDIDA

narrativa





1

Faltan pocas horas para su boda y Cándida no está feliz, esto exaspera a su madre, tanto, que entra en la habitación gritando y sin miramientos se encara con su hija.

—¿Es que no puedes cambiar la cara? No vas al suplicio, tendrías que estar contenta, muchas mujeres se cambiarían por ti. ¡Menudo matrimonio vas a hacer!!

Esas palabras retumban en la cabeza de Cándida, y sí, según ella lo ve, parece que va al suplicio porque enamorada desde luego no va al matrimonio, un matrimonio impuesto, o, casi, por su madre, pero las cosas ya no tienen remedio.

—Faltan varias horas para que vengan a buscarte —le recuerda su madre—. Así que descansa y a ver si con un poco de suerte cambias la cara. Ahora voy a ver el salón del «Refresco» a ver si está todo preparado, que no hay que fiarse. Lo dicho, echa las persianas y duerme un poco, en cuanto vuelva te llamo.

Cándida cerró los ojos, quería dormir, pero en un sueño del que no se despertase; en cuanto lo pensó se arrepintió, no era muy creyente pero eso era ofender a Dios, a pesar de que Este no se lo mereciera pues no se había portado bien con ella.

—Me voy a hacer unos recadados, tu hermana se queda en la habitación, a ver si duerme un poco y sale de mejor humor; si viene alguien no la despiertes.

—Muy bien, madre, vaya tranquila, yo tampoco la molestaré.

Su hermano, como siempre, preocupándose por ella. A él tampoco le agrada esta boda y se siente culpable de que se vaya a

celebrar. Si no hubiese sido por el maldito empleo —se reprocha Jesús—. Y, es que, en parte, que la boda se lleve a cabo, realmente es por su culpa. Bueno, eso es lo que él piensa, aunque su hermana le ha dicho una y mil veces que no es así, que la única culpable es ella. Ella, por no haber sido lo bastante valiente para haberle dicho a su madre ¡NO! Pero ya está hecho ahora lo único que queda es esperar que los malos augurios que algunos han pronosticado no se cumplan, y el matrimonio sea más o menos normal.

—Cándida, Cándida, ¿estás dormida? Madre me ha dicho que no te moleste, pero no puedo hacerle caso, necesito hablarte. ¿Puedo?

—Claro que puedes, anda, pasa y siéntate aquí, a mi lado, como cuando eras un niño, ¿te acuerdas de cuando venías corriendo a despertarme? —Tata, tata, venga, que ya es de día—. Madre te reñía, pero tú ni caso. ¡Cómo pasa el tiempo! Ya eres «un medio padre» (que diría la abuela). Anda, suéltalo ya, ¿qué me quieres decir?

—Sé que me vas a decir que es un disparate, pero... ¿Qué pasaría si dijeras no?

—Si dijera no, ¿a qué?

—¿A qué va a ser? A la boda, sí, a la boda, y no me refiero a qué pasaría en el pueblo, eso ya lo sé, te pondrían de «hoja perejil» y no solo a ti, también a la familia, pero no me refiero a eso, lo que pregunto es ¿qué pasaría contigo?

Cándida mira a su hermano, no acaba de creer lo que está escuchando. ¿Dónde se ha visto que una novia diga no en el altar? No le cabe duda, su hermano ha debido de ver alguna de esas películas extranjeras donde posiblemente se haya dado ese caso, porque si no es así, no lo entiende. Jesús es un muchacho muy formal, de los que no hablan por no pecar, siempre dispuesto a ayudar y sobre todo es el encargado de poner paz en casa cuando su madre arma las broncas que arma, que suele ser muy a menudo. Está claro su hermano no sabe lo que dice.

—No te preocupes, hermano, sé que no es el mejor novio del mundo, pero tengo la esperanza de que no va ir muy mal el matrimonio, ya lo verás. Anda, dame un beso y vete fuera, no vaya a ser que madre venga antes de lo previsto y la líe.

Cuando su hermano sale de la habitación Cándida intenta dormir un poco, todavía es pronto para empezar a vestirse, para ponerse aquel vestido negro que cuelga detrás de la puerta. A ella le hubiese gustado ir de blanco, llevar un vestido de encaje con un velo largo de tul, pero no había podido ser, se tenía que aguantar con el negro que había sido de su madre, sin encaje, y con una mantilla que le había prestado una vecina, era todo lo que se podía permitir; pero eso era lo de menos, en el fondo lo único que la preocupaba era que todo saliera bien.

Los nervios no la dejan dormir, y lo peor de todo era darse cuenta de que el día que debería ser feliz para ella se ha convertido en una tortura, porque a pesar de lo que le ha dicho a su hermano, no cree que el matrimonio vaya a salir bien, pero las circunstancias son las que son y no hay otro remedio que llevarlo a cabo. Lo peor es lo sola que se siente, si al menos sus hermanas estuvieran allí, pero según les dijeron en la carta que hacía poco había recibido, iba a ser difícil poder estar con ella, cosas del trabajo, si hubiese sido en otra fecha, tal vez, pero en esta, imposible.

Sus hermanas sí que habían sido valientes enfrentándose a su madre. De poco le sirvió a esta negarse a dejarlas marchar, ellas dijeron que sí y así lo hicieron, ojalá y ella hubiese sido igual de valiente y no hubiese hecho caso a su madre, pero... Eso ya no tiene remedio, además, como decía su abuela: «Boda y Mortaja del cielo baja». Y el refrán se había cumplido.

—¡Qué ciega estás! —le dijo su hermana cuando ella les afeó el comportamiento—. Si no eres capaz de ver la conducta de madre es para preocuparse, claro que con nosotras tampoco es que sea una malva, para ella solo existe su Jesús, de verdad,

Cándida, o espabilas o al final te quedas solterona, solo para ocuparte de ella.

—Mira, Juana, no voy a seguir hablando más de esto, tú tienes tu opinión y yo la mía, y de verdad que me apena que pienses como lo haces.

—Lo que tú digas, pero cuando te veas sola te acordarás de lo que te decimos, la pena es que ya no va a tener solución.

Sus hermanas habían acertado en muchas cosas, pero en una se equivocaron, no se iba a quedar soltera. Claro, que según preveía el futuro, no sabía si hubiese sido mejor que en esta también hubiesen acertado. Siempre le había dado miedo tomar decisiones y con el matrimonio no iba a ser menos, la decisión la había tomado, como no podía ser menos, su madre.

Antonia era una mujer de carácter fuerte y sobre todo autoritario, todo lo contrario de su marido. Paco era un hombre tranquilo, no le gustaban las broncas y procuraba por todos los medios evitarlas, pero si tenía que dar el alto a su mujer, lo hacía. Esto ocurría muy a menudo cuando el tema era Cándida, la niña de sus ojos, lo fue siempre desde que vino al mundo. A veces pensaba que quizás su madre la trataba así por celos, aunque realmente tampoco esto lo tenía muy claro, porque, si bien su hija mayor era su preferida, para su mujer lo era el «niño» Jesús, el pequeño de los cuatro hermanos.

Cándida era la mayor, su sensibilidad siempre había molestado a su madre. Esta entendía que si no se era fuerte no se sobrevivía; la niña nunca tomó esto en cuenta, ella era sí y ya está.

Nacida en un pequeño pueblo de Extremadura, su infancia fue como la de cualquier niño nacido en un pueblo pequeño. Su familia contaba con pocos recursos, y aunque sus padres hacían cuanto podían por darles a sus hijos al menos lo imprescindible con solo un jornal, cuando no llovía, poco se podía hacer.

—Es lo que tiene el campo —solía decir Paco—, en cuanto empiezan a caer *la canales*, se acabó el pan.

Como era la mayor, siempre tuvo la tarea de cuidar a sus hermanos, a pesar de llevarse solo seis años con el pequeño. Considerada por su madre lo suficientemente mayor como para ocuparse de su vigilancia, realmente no tuvo niñez propiamente dicha, hasta el punto de que si quería jugar en la calle con otros niños, la ayudaban sus amigas cuidando del hermano que le tocara en ese momento.

A pesar de todo no fue una niña triste, si bien su madre parecía «una madrastra» —según decían algunas vecinas—, ella no lo sintió así, su madre era como era y punto. Pero esta opinión cambió cuando se encontró con Anabel, la conoció en la escuela, el poco tiempo que fue porque faltaba más que iba, y las pocas veces que lo hacía era porque su padre se ponía serio.

—La niña tiene que ir a la escuela —solía gritar más que hablar—, no sé por qué te empeñas en que no puede ir, ¿porque tienes mucho trabajo? Pues las demás madres también lo tienen y llevan a sus hijos a aprender, por lo menos a leer.

Durante unos días la charla surtía efecto, pero en cuanto podía, la madre se buscaba una excusa para que Cándida no fuese. Cuando esto pasaba, era Anabel la que se acercaba a su casa y la hacía compañía, cosa que no gustaba a Antonia. La niña no le caía bien y se lo demostraba en cuanto tenía ocasión, claro, que a esta no le importaba, y seguían viéndose cada vez que podían.

Hasta que fue mayor para comprender, Cándida no entendía el porqué de esta manía que le había cogido su madre a su amiga; con el tiempo lo entendió pero no lo aceptó. Anabel era todo lo contrario a ella, no solo en el físico, pues esta era muy rubia, al contrario que ella que, según su madre, «era más negra que un tizón» y más alta. Anabel venía de una familia en la que todos los miembros eran muy altos, y llamaba la atención. Cándida apenas sí llegaba a la media. Otra de las diferencias era el orden que ocupaba en la familia, mientras que Cándida era la mayor de cuatro hermanos, Anabel era la pequeña de siete,

pero lo que más envidiaba Antonia era la estabilidad económica, pues los padres de la amiga de su hija vivían mucho mejor que ellos. Se dedicaban al campo pero no iban a jornal, trabajaban las tierras a medias con el amo, y cuando no había labor, eran arrieros. Como es natural, las niñas pasaban de estas cosas, para ellas solo existía su amistad, que era muy grande, se querían mucho y se llevaban bien y lo demás les daba igual.

El primer disgusto grande se lo llevó Cándida fue cuando iba a hacer la comunión. Su amiga iba a llevar un vestido blanco de encaje y con un velo de tul. No era un vestido nuevo, se lo habían arreglado del vestido de novia de su hermana mayor, pero llevar un vestido blanco en la primera comunión, aunque este fuese adaptado de otro, no era algo que todas las niñas pudiesen hacer; por eso fue fácil convencer a Cándida y el disgusto no le duró demasiado. Este hecho sirvió para que Antonia cogiera más manía, si eso era posible, a la pobre Anabel y por supuesto a su familia.

—Ya veremos cómo acaban estos —le dijo a su marido hablando del tema de la comunión—. Van de ricos porque son muchos trabajando y así cualquiera, cuando cada uno se vaya por su lado, ya, ya veremos.

—No entiendo por qué les tienes esa manía —contestaba el padre—. Yo no veo que presuman de nada, además, son buenas personas y procuran ayudar a quien lo necesita.

—Lo que tú digas, pero te lo digo desde ya, algún día se le van a bajar los humos, sí, los humos, esos que según tú no tienen.

Paco callaba, cuando su mujer se ponía de esa manera lo mejor era dejarla, ya se le pasaría, aunque últimamente los enfados le duraban más. Antonia nunca había tenido buen carácter pero con el tiempo se le estaba poniendo peor. A él le daba lo mismo, pues cuando se ponía así se iba a la calle a dar una vuelta y cuando volvía, normalmente ya se había tranquilizado. Lo que

más le dolía era que la tomara con su hija Cándida, era una niña muy buena y obediente y siempre procuraba hacer todo bien para no enfadarla, pero no había manera.

Como estaba previsto, las niñas tomaron su Primera Comunión, Anabel con su traje blanco y Cándida con el «Vestido de los Domingos». Anabel desayunó con sus primos y algunos amigos, Cándida lo hizo como cualquier otro día con sus hermanos, los cuatro solos en la cocina y mientras su madre le guardaba el vestido, para que no se lo manchase, le decía que se diera prisa que tenía que ir a comprar el pan. Como en todo, la vida de las niñas era diferente, pero como en todo, para ellas esto no tenía importancia.

Los días se sucedían más o menos igual, lo único que iba cambiando, aparte de la edad de las amigas, era el carácter de Antonia y Paco. Mientras la mujer era cada vez más seca y amargada, el hombre se iba volviendo más callado y taciturno. Esto preocupaba a Cándida pues tenía en él un gran defensor de las broncas que le echaba su madre, que cada vez eran mayores, sobre todo porque las otras dos hijas habían salido respondonas y nada obedientes.

—La culpa de que madre te trate así la tienes tú —le solían decir cuando veían su hermana llorar—. Lo que no sé es por qué la tiene tomada contigo si eres más buena que el pan, claro, que los gritos son para todos, porque con padre también... Al único que trata bien es a Jesús.

Sus hermanas tenían razón, para su madre no había más hijo que «su Jesús». Ojalá ella fuese capaz de hacer lo mismo que Emilia y Juana, que siendo tan pequeñas hacían frente a su madre y no la tenían miedo, pero cada uno es como es y a ella le había tocado ser así, sumisa. En lo único que se atrevía a llevarle la contraria era en el tema de su amiga, ahí sí que no hacía caso cuando le prohibía verla con tanta frecuencia. Claro, que para poder ir a verla tenía que llevarse a sus hermanos, con las

hermanas no había problemas, pues estas se quedaban jugando con sus amigas, pero con el niño no lo podía hacer, le daba miedo que le pasase algo si le dejaba con alguien en el parque. Lo bueno que tenía llevarse a Jesús era que al ser tan bueno no daba guerra, la mayoría de las veces se quedaba con la madre de Anabel mientras esta le leía cuentos, así podía Cándida aprender a hacer cuentas y a escribir, pues al no ir a la escuela iba muy atrasada y su amiga la enseñaba. Claro, que de esto no se enteraba su madre, porque entonces sí que le habría prohibido muy en serio ir a casa de su amiga.

Y seguía pasando el tiempo, unas veces con más gritos y otras con menos, pero prácticamente igual. Saliendo de paseo cuando su madre estaba de buen humor, y quedándose en casa cuidando de los demás cuando el humor de esta era insoportable, que era la mayoría de las veces.

A los 14 años eran ya «mocitas casaderas» (según decían algunos), pero Anabel y Cándida pasaban de este tema, aunque había mozos que las cortejaban y las seguían, sobre todo a Anabel, que con su estatura, su piel blanca y un pelo rubio largo, llamaba la atención. No era muy corriente ver muchachas así en el pueblo, la mayoría eran como Cándida, «corrientes» pero con unos ojos negros preciosos.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Cándida a su amiga mientras observaba las flores del parque.

—Como no me digas de qué tengo que saber —le contestó esta—, la verdad es que no te puedo responder. A ver, ¿qué tengo que saber?

—¡Qué tonta! Estaba pensando y se me ha escapado la pregunta. Mira, te explico, como está cerca Semana Santa, y ya somos mayores, he pensado que este año nos vayamos a la Jira con amigos en vez de ir con la familia, sería más divertido.

—¿Eso se te ocurre? ¿Piensas que tu madre lo va a permitir? De verdad que no te entiendo, seguro que, si lo propongo yo, a ti

te hubiese parecido una barbaridad, además que no lo veo bien, estos días es para estar con la familia disfrutando del campo, pero con la familia.

—Tienes razón, pero es que me apetecía estar «un día» sin cuidar a mis hermanos, yo sola.

—Vamos a hacer otra cosa, si te parece bien. Se lo voy a decir a Miguel y ya verás cómo se le ocurre alguna idea para que podamos disfrutar juntas, ya sabes que mi hermano es muy ocurrente y siempre tiene alguna que otra idea. A veces raras, pero que suelen salir bien, ¿te parece que hable con él del tema?

A Cándida le pareció bien, no sabía qué podía hacer el hermano de su amiga para que pudieran disfrutar del día y menos solas, bueno, mejor dicho, solas no, con otros muchachos de su edad y no cuidando niños. Pero su amiga tenía razón, era una mala idea, su madre no la hubiese dejado, no solo por los niños, sino porque ahora se le había metido en la cabeza que si los muchachos las seguían, era porque Anabel era una fresca y a saber qué buscaban; y lo peor, que como siguiesen saliendo tanto juntas iban a pensar lo mismo de ella. Naturalmente y como siempre en este tema, la decisión de Cándida era firme, no iba a dejar a su amiga, se pusiese su madre como se pusiese.

Cuando Anabel preguntó a su hermano, a este le pareció bien la idea.

—Dile a tu amiga que cuando sepa dónde van a ir a comer el hornazo te lo diga, se me está ocurriendo algo, ya verás, ya, como va a estar bien.

—Miedo me das, Miguel, porque tus ideas a veces son un poquito raras.

—Esta no, ya verás, pero tienes que saber exactamente dónde van a ir.

—Conociendo a los padres, bueno, a la madre de mi amiga, seguro que no se mueven de la Noria, les gusta mucho el olor a eucalipto y como son árboles muy altos, dan mucha sombra.

Anabel contó a su amiga lo dicho por Miguel, a esta le pareció raro que con solo saber dónde iban a estar se fuese a arreglar algo, pero como sabía que este era muy listo, tenía la esperanza que la idea que se le ocurriese, fuese la que fuese, sería buena.

Llegó el Domingo de Pascua. Aquel día Antonia se levantó de buen humor, lo que le pareció raro a su hija pues las fiestas no le gustaban demasiado. Pero aquel año no lo estaba celebrando de la misma manera que en años anteriores, había hecho más dulces que nunca y de buena gana, algo poco habitual, pues cada año se enfadaba más cuando tenía que esperar en la tahona hasta que le tocase el turno para «cocer los dulces».

—Qué rara veo a tu madre —le comentó el padre—. Está tan contenta que me da miedo, estoy barruntando algo y espero que no sea malo.

—Ya verá cómo no, padre. Además, últimamente está un poco más cariñosa y menos gruñona, seguramente es porque nos estamos portando bien.

El padre no contestó, se limitó a mover la cabeza y a asentir, pero no dejaba de pensar que algo tramaba su mujer, no era normal el comportamiento y eso tenía algún motivo. Cuando supieron la ubicación de la familia, Anabel se lo comentó a su hermano y le preguntó qué haría.

—Ya lo verás —le dijo, y así quedó la cosa.

El Domingo de Pascua amaneció soleado, sin ninguna nube, algo que no ocurría siempre, pues la Semana Santa, si no era «pasada por agua», no era Semana santa. Se dirigieron, como bien había dicho a Anabel, a la Noria. Cuando estaban extendiendo las mantas para sentarse, Cándida notó cómo le cambiaba la cara a su madre. La sonrisa que había tenido toda la mañana desapareció y empezó a dar órdenes.

—Poned bien esa manta y tened cuidado con los dulces, que si los tiráis así se romperán; y tú, Cándida, a ver si estás más atenta y vigilas a tus hermanos.

Cándida miró atónita a su padre, este estaba igual que ella, extrañado, sabía que su mujer cambiaba de manera de actuar de un momento a otro, pero en esta ocasión le pareció más raro de lo normal, hasta que se volvió hacia donde miraba y lo comprendió. En la siguiente fila de árboles distinguió a la familia de Anabel, pero no solo estaban los padres y hermanos de esta, junto a ellos había un grupo de jóvenes de la edad de su hija; se veía que iban juntos con la familia, y lo peor, por eso se había enfadado su mujer, era que se extendían tanto que estaban llegando hasta el árbol que ocupaban ellos y lo más seguro sería que se llegasen a juntar.

—¿Qué te ha parecido mi idea? —preguntó Miguel a su hermana—. Hemos matado dos pájaros de un tiro, por un lado, tu amiga está con la familia y por otro, está con otros muchachos de su edad. ¿A que está bien pensado?

—¡YA! Como que su madre va a consentir que se mueva de su lado, no la va a dejar.

—Pues yo creo que sí, mira toda la gente que hay alrededor, dentro de poco todos los jóvenes nos uniremos y como están todos sus vecinos, a Antonia no le quedará más remedio que aguantar, sobre todo por el qué dirán, ya sabes lo poco que le gusta andar en boca de nadie.

Miguel no se equivocó, pasaron un día, según Cándida, inolvidable. Este recuerdo le serviría para pasar muchos de los malos momentos que la vida le tenía reservados. Cuando por fin terminó el día y se fueron retirando, la hija temía el enfado de la madre, y cuando tuvo ocasión se acercó a su padre y se lo comentó.

—No te preocupes —le contestó este—. Hoy no te va a reñir, aunque la riña me la lleve yo.

Y así fue, cuando se fueron a dormir oyó a sus padres discutir, pero en esta ocasión Paco se impuso y Antonia, cosa rara en ella, se quedó callada. «El mejor día de mi vida» —pensó Cándida.